

El nombre de las almas

Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara

Universidad Autónoma de Nayarit

La melancólica inclinación de los montes no significa el arrepentimiento de la tierra. Hechizada la tierra de su superficie ve transcurrir la mutación de las horas mientras nosotras transcurrimos en los abismos, las cumbres y los cataclismos.

Mi prima Celia tenía una peculiar manera de nombrar a su marido, o más bien dicho, de no nombrarlo. El marido se llamaba Eduardo, pero pocas veces la escuché llamándole por su nombre. Por el contrario, le llamaba sin llamarlo, con esas sutilezas que las mujeres se inventan para nombrar lo que desean.

Mi tía Clotilde sí lo nombraba con esa voz fuerte y poderosa con que nombraba a todos los miembros de la familia. Su presencia rocallosa transparentaba su voz:

—*Hoy va a venir Eduardo con mi hija y mi nieto.* Mi tía enfatizaba el Eduardo como engolando la voz, mientras sus regordetas piernas asomaban bajo los encajes de las mangas.

Nosotras íbamos los sábados al desayuno familiar donde nos enterábamos de los ires y venires de cada quien, festejábamos las ocurrencias de los niños pequeños y ahí, en el murmullo de las conversaciones oíamos el rechinar de la silla que transportaba a la tía Clotilde. No es que se hiciera el silencio cuando ella pasaba, era que cambiábamos de conversación o respondíamos quedo.

Mi tía casi nunca bajaba de su silla de ruedas. No estaba enferma ni nada de eso, solamente le gustaba que todos la trataran como si lo estuviera. Tampoco se quejaba, no era de esas personas que van por ahí dándose aires de víctimas para tener atenciones. Mi tía inspiraba respeto, respeto solemne, cercano al miedo que poco a poco se apoderaba de todos los que tenía a su alcance. Empezaba por controlar el tono del ha-

bla dentro de la casa, después controlaba tus pasos, imponía la rutina de cada día y, cuando menos lo pensabas, aun tus pasos por la ciudad acababan siendo controlados por ella. Desde su silla de ruedas dominaba los tránsitos de la vida de cada quien. Bastaba su mirada para ordenar a mi tío Miguel, su hermano, cuándo era tiempo de acabar la tertulia, de sacar los perros al jardín para amedrentarnos, de apagar las luces. Ella gozaba de esa sensación de poder dentro de su casa y más allá de su casa.

No podíamos dejar de hacer esas visitas. Sus hermanas y hermanos, entre ellas mi madre, le debían la crianza, la educación y los matrimonios, así que mi tía Clotilde era una especie de cacique al interior de la familia. Todos llevaban el nombre escogido por ella, los niños y las niñas de hijos y nietos eran nombrados de acuerdo a su gusto, a su fuerza, a su acento. Ningún marido se le oponía, no se doblegó a ninguna nuera. Ni siquiera los nietos la ablandaban: ella tenía la mirada precisa para colocar a cada quien en su lugar. A mi madre la subordinaba como si fuera su hermana pequeña. Era tal la fuerza que tenía sobre el resto de los hermanos que habían trasladado ese respeto, obediencia y subordinación a hijas y nietos. Te miraba hasta el fondo de ti misma donde no había escapatoria, su mirada te traslucía, te desgarraba. Por eso, cuando Celia y Eduardo arreglaron todos sus negocios para irse a vivir a Monterrey, casi no lo podíamos creer. Después de casados, Celia y Eduardo duraron tres años en la ciudad antes de marcharse, pero un día se fueron.

No recuerdo haber visto a mi tía Clotilde tan contrariada como cuando Celia y Eduardo le dijeron que se iban. Sobre ellos se cubrió una especie de velo. No prohibió pronunciar sus nombres ni mucho menos, pero nadie quería nombrarlos delante de la tía. Así que de golpe, su ausencia física se convirtió en ausencia del habla, del recuerdo, de las conversaciones, de las fotografías. El poder de la tía Clotilde llegaba a ordenar la memoria de quienes visitábamos su casa. Aun en la nuestra temíamos recordar o nombrar a Celia y Eduardo. Sentíamos que la sola posibilidad de hacerlo nos delataría el sábado siguiente en la rutina del desayuno. Ella te miraba con esa mirada de Anacreonte y estallaba en un lejano incierto desde donde dirigía el mundo. Te abrías a la culpa donde ella revelaba el grito.

Nos acostumbramos al vacío de los primos ausentes alrededor de mi tía, alrededor, también de nosotros. De vez en cuando, alguien de la ciudad sabía algo de ellos. En general les había ido bien en su negocio.

Casi tres años después Celia me llamó. Su voz, acongojada.

—*Está enfermo, lo acabo de hospitalizar.* No me pudo decir exactamente qué tipo de enfermedad tenía. Carmela y yo nos pusimos en camino sin avisar al resto de los miembros de la familia. La complicidad quedaba entre nosotras y los maridos. Celia nos había dicho el nombre del hospital, así que directamente nos dirigimos hasta allí. Al llegar a la entrada preguntamos por Eduardo Ulloa. Buscaron en el registro de los recién hospitalizados, pero no encontraron a nadie con ese nombre. Insistimos. El guardia dijo que con ese apellido sólo había ingresado una persona llamada Gorgonio. No, mi pariente se llama Eduardo. Llamamos a Celia para ratificar el nombre del hospital. Entramos a la habitación correspondiente a Gorgonio y ahí estaban Eduardo y mi prima Celia.

No hicimos mucho caso a la equivocación del nombre. Celia estaba nublada de dolor, acongojada porque Eduardo había entrado en coma. Nuestra presencia le ayudó a pasar el momento y en silencio la acompañamos hasta que todo terminó. El duelo se apoderó de ella con una resistencia espantosa. Sus ojos llorosos permanecían firmes cuando dijo: *vamos a enterrarlo en la tumba familiar.* Carmela y yo nos encargamos de llamar al tío Miguel para que sirviera de enlace con la tía Clotilde. La oímos ordenar desde su silla la apertura de la tumba, adivinábamos su cara de triunfo.

Llegar con el féretro a la ciudad no fue nada fácil dado los trámites que deben hacerse para trasladar a un muerto. Antes de llegar, le pregunté a Celia por la equivocación del nombre ya que todos los papeles estaban a nombre de Gorgonio. No era una equivocación, nos aclaró y entonces contó la historia. Antes de casarse, cuando le dijo a la tía Clotilde el nombre de su novio, ésta le dijo que no podía haber en la familia un novio con ese nombre, así que la tía Clotilde le inventó el nombre de Eduardo.

—*¿Cómo permitiste tal cosa?* Le preguntamos. Aunque Celia trataba de explicarlo, todas sabíamos la autoridad de la tía Clotilde para imponer su voluntad sobre nosotras.

Llegamos con el féretro a la funeraria de la ciudad. La familia y los amigos esperaban. En medio de todas, radiante en su portentosa silla de ruedas estaba la tía Clotilde. Sus piernas abultadas no tocaban el suelo por lo que las personas tenían que inclinarse para darle el pésame. Ella estaba ahí recibiendo el duelo a nombre de todos. No importaba que el muerto fuese el esposo de su hija, ella era la doliente principal. Mi tía Clotilde se había apoderado, de nueva cuenta, de la familia. El duelo le pertenecía. En la pizarra de la funeraria se leía “Eduardo Ulloa Montenegro. Misa 15 horas, Sepelio: Panteón de las Flores”.

Carmela me dijo con voz de congoja *¡Dile que le ponga Gorgonio! ¡Díselo!* Voltee a ver a mi tía, su rostro estaba en su lugar. Celia en cambio, transida por el dolor, fuera de sí, ahondaba el dolor.

Detrás de la fantástica presencia montañosa donde el panteón abre sus puertas, baja el cuerpo de un hombre con un nombre falseado.

Carmela gemía: *¡Cuándo llegue al cielo, Dios no va a saber de quién es el alma!* Traté de tranquilizarla. Dios, al fin y al cabo, tendrá alguna manera para saber el nombre de las almas. ■